

Estructura de clases, élite del poder y pluralismo político

RICARDO CINTA

Los tres tipos de análisis con que trata este ensayo, expresan las variaciones más características de la investigación sobre las relaciones de poder en la sociología y la ciencia política contemporáneas.

Al destacar sus proposiciones centrales, este trabajo intenta establecer sus diferencias conceptuales básicas y analizarlas en estrecha relación con sus investigaciones empíricas. Este es el camino que aquí se ha seguido para averiguar de qué aspecto del poder se ocupa realmente cada teoría, especificación sin la cual resulta estéril el reiterado debate entre la posible existencia de una élite del poder, o de una clase dirigente, o de un equilibrio de poder, como dato característico de las sociedades capitalistas actuales.

Al señalar las tendencias generales de los principales argumentos, no se pretende analizar detalladamente las diversas teorías y definiciones, así como tampoco las divergencias no poco importantes que existen entre las diferentes versiones.

I. Estratificación Social y Elite del Poder.

Aunque no existe una acepción unívoca sobre el concepto de "élite", puede decirse que éste conlleva siempre las nociones de minoría y de superioridad. Como lo ha observado Juan Linz, "Todas las definiciones de élite implican la idea de una minoría, de pequeños números, de gente distinguida de los grandes números de una sociedad sobre la base de tener una distinta cantidad y/o cualidad de características".¹

En este sentido, el término élite significaría únicamente que los individuos o los grupos están dispuestos jerárquicamente en una escala, con determinadas posiciones vértices, y su empleo adoptaría una forma rigurosamente "neutral"; esto es, una significación puramente descriptiva de un referente empírico sujeto a observación y medida.

Ahora bien, en la medida en que el término suele ofrecerse unido a la interpretación de las sociedades, élite significaría, más bien que una manera de caracterizar a cualquier pequeño grupo selecto, un concepto básico que corresponde a un tipo especial de estratificación social global: las sociedades "elitarias".

En tales sociedades, las masas, amorfas e incapaces de expresar por sí mismas sus intereses, se complementarían con otras formas de estructuración basadas en las relaciones entre los que son "pocos pero idóneos". Como apoyo teórico más general, se establecería que el control, la dominación que ejerce la élite, se independiza en diversos grados del sistema de distribución de la propiedad. La superposición de "clases" sería sustituida por una nueva forma de estratificación basada en la dimensión política de la relación entre los grupos, más bien que en la economía. Por consiguiente, la élite representaría no sólo las posiciones más elevadas de una jerarquía, sino a la vez un grupo estructurado de control de especial trascendencia en el sistema de adopción de decisiones.²

Los criterios empleados para establecer las jerarquías, los atributos adscritos a los miembros de la élite, los mecanismos de reclutamiento de sus miembros, etcétera, pueden variar de acuerdo con los tipos de enfoque y preferencias metodológicas, pero las expresiones usadas (élite, clase política, élite del poder, clase gobernante, etcétera), designan una misma situación fundamental: el poder, en todas las sociedades, ha estado, está y estará concentrado en una cohesiva y pequeña minoría de la población.

Gaetano Mosca —del "enfoque organizacional", junto con Robert Michels—, expresó esa idea básica en forma muy precisa:

"Entre los hechos y tendencias constantes que se encuentran en todos los organismos políticos, uno es tan obvio que es visible incluso al observador común. En todas las sociedades... aparecen dos clases de gente —una clase que gobierna y una clase que es gobernada. La primera clase, siempre la menos numerosa, lleva a cabo todas las funciones políticas, monopoliza el poder y goza de las ventajas que el poder conlleva, mientras que la segunda, la clase más numerosa, es dirigida y controlada por la primera, de una manera que es, ahora, más o menos legal, ahora, más o menos arbitraria y violenta y suministrando a la primera clase, al menos en apariencia, con los medios materiales de subsistencia y con el instrumental que son necesarios para la vitalidad de organismo político".³

El atributo esencial de la élite o "clase política" reside para Mosca en su capacidad de organización y en el hecho de estar compuesta por individuos dotados de atributos altamente estimados por la sociedad, de ambos de los cuales carece la masa mayoritaria.⁴ La misma idea compartía Robert Michels cuando expresó: "Quien dice organización, dice oligarquía".⁵

En el “enfoque psicológico”. Pareto sugirió que los individuos podrían ser clasificados en un índice de acuerdo con su habilidad y su éxito para ejecutar determinadas tareas en cualquier campo de actividad humana. Los individuos con los índices más altos en sus respectivos campos de actividad constituirían una clase especial a la cual se podría llamar “élite”.⁶ Esta definición general, precedió a su definición específica sobre la “élite gobernante” la cual tuvo una especial importancia en su teoría del equilibrio social:

“Para la investigación particular en la cual estamos ocupados, un estudio del equilibrio social, ayudará a dividir aquella clase (la élite) en dos clases; una *élite gobernante*, comprendiendo a los individuos que directa o indirectamente juegan un papel considerable en el gobierno, y una *élite no gobernante*, que comprende el resto... Así llegamos a tener dos estratos en la población: 1) un estrato bajo, la *no-élite*, cuya posible influencia en el gobierno no nos interesa; y entonces 2) un estrato más alto, la *élite* la cual se divide en dos: a) una *élite gobernante*; y b) una *élite no-gobernante*”.⁷

En su teoría de los “residuos”, Pareto sugirió también las tendencias “ideológicas” posibles de la dominación de las élites, como resultado de los instintos, sentimientos o estados de ánimo prevalecientes en los actores, estableciendo dos principales tipos mutuamente excluyentes: 1) residuos que reflejan el “instinto de combinaciones”: ideologías, coaliciones y maniobras políticas provenientes todas de este instinto activo y creativo: hombres de inteligencia y astucia (zorros); y 2) residuos que reflejan el instinto de “la persistencia de los agregados”: la tendencia a consolidar posiciones una vez que han sido establecidas. Estas son manifestaciones de los instintos de permanencia, estabilidad, y orden; aunque ellos no deben ser identificados con el tradicionalismo”.⁸

Esencialmente, tanto Mosca como Pareto, y también Michels, coinciden en que una minoría gobierna la sociedad —élite gobernante o clase política— ocupando los puestos de mando y tomando las decisiones que afectan al conjunto de la sociedad, independientemente de los cambios que puedan existir en su membresía por el reclutamiento de nuevos miembros individuales procedentes de los estratos más bajos, por la incorporación de nuevos grupos sociales o incluso por el total reemplazamiento de una élite establecida por una contra-élite, como ocurre en las revoluciones.⁹ La élite, por tanto, es un concepto atemporal, al igual que los de “clase alta” o “clase baja”, que habiendo existido siempre, no están sujetos a determinaciones histórico-estructurales precisas según los modos de producción y formaciones sociales en los que se constituyen.

Ahora bien, sin temor a serias equivocaciones, podría decirse que en las formulaciones de Mosca y Pareto —y quizá de Michels— se encuentra definido el rango de variación en el que oscilan otros análisis sobre la élite. De esos autores clásicos derivan los conceptos y supuestos metodológicos claves del conjunto de la teoría elitista en su versión más pura.

Otras dos orientaciones sobre las élites, el “enfoque institucional” y el “enfoque económico”, de C. W. Mills y James Burnham, respectivamente, representan las versiones heterodoxas del elitismo. Rechazando las explicaciones sobre la composición de la élite que se basan en la distribución desigual de talentos individuales, procuran analizarla a partir del análisis de las posiciones conferidas a ciertos roles en el contexto de la estructura económica y social.

Así, para Burnham las bases de la élite del poder estarían conferidas por el control de los medios de producción —cuyo acceso estaría monopolizado por un pequeño grupo— el que a su vez recibiría un trato preferencial en la distribución del producto, del prestigio y del poder político. Esta élite sería una élite gerencial que reemplazaría a la clase capitalista, a los propietarios formales —divorciados de las operaciones reales de producción—, así como también a la “alta burocracia política” (the politicians) como consecuencia inevitable del “declive del capitalismo” y la consolidación de un control gerencial unificado de la economía y la política.¹⁰

En su célebre obra, C. Wright Mills subraya el hecho de que, al menos en la sociedad norteamericana, el poder no es un atributo asociado a las personas —ni a las clases— sino a las instituciones. En las sociedades modernas —dice— el poder está institucionalizado y, consecuentemente, la élite es el producto del “panorama institucional” (institutional landscape) de la sociedad.¹¹

En oposición a la teoría pluralista, Mills observa una doble tendencia en la sociedad norteamericana: 1) la concentración del poder en cada una de las tres zonas institucionales que él estudia —económica, política y militar— y 2) la convergencia de esas tres áreas institucionales en la toma de decisiones: “Como cada uno de esos dominios ha coincidido con los otros, como las decisiones tienden a hacerse totales en sus consecuencias, los principales individuos de cada uno de los tres dominios de poder —los señores de la guerra, los altos jefes de las empresas y el directorio político— tienden a unirse, a tomar la minoría del poder de los Estados Unidos”.¹²

Por otra parte, en oposición a la teoría marxista, y a la teoría pluralista, Mills retiene el concepto de “élite del poder” con el siguiente argumento:

“El criterio marxista simple hace del gran personaje económico el *verdadero* depositario del poder; el simple punto de vista liberal hace del gran político la cabeza del sistema de poder; y también hay algunos que consideran al señor de la guerra como un auténtico dictador. Cada uno de estos criterios está excesivamente simplificado. Para evitarlos utilizamos el término ‘élite del poder’ mejor que, por ejemplo, clase dirigente”.¹³

Establecidas esas consideraciones, la élite del poder —cuyos miembros pertenecen a las altas “clases” sociales— queda definida como sigue:

“Entendemos por minoría del poder los círculos políticos, económicos y militares que, como un conjunto intrincado de camarillas que se traslapan e imbrican, toman parte en las decisiones que por lo menos tienen consecuencias nacionales. En la medida en que se deciden los acontecimientos nacionales, la *élite* del poder está constituida por quienes los deciden”.¹⁴

No hay duda de que Burnham y Mills suscriben la noción de que el poder está altamente concentrado, vinculado a las altas jerarquías institucionales y de que es acumulativo. Se separan sin embargo del grupo de los “Macheavellians”, no sólo por introducir niveles normativos —ausentes en el “realismo” y “objetivismo” de aquellos—, sino también por el hecho de “recuperar” la dimensión económica de análisis. Aun cuando sobre todo en Mills se insiste en subrayar la autonomía del orden político y de sus agentes, se procura combinar, en una especie de síntesis, los contextos económico y político del liderazgo y las nociones de “clase” (en su opinión un término económico) y de “élite”.¹⁵

Esfuerzos semejantes han sido desarrollados por Raymond Aron¹⁶ y G. William Domhoff.¹⁷ No obstante, sus tentativas se fundan en la deformación y desnaturalización teórica de los conceptos que comparan y acaban, así, dando “gato por liebre”.

Aron, que explícitamente intenta combinar a Marx con Pareto, después de criticar la “ley de la polarización” termina por reunir el fenómeno de la élite en Pareto con la “ley de la diferenciación social”. Independientemente de lo acertado o no de sus argumentos contra la “polarización”, ¿en qué sentido compara lo que dice proponerse, a saber, la estructura de clases de la teoría marxista con la élite de Pareto? No se aleja, en cambio, de la ley Durkheimiana contenida en *La División del Trabajo Social*.¹⁸

Por su parte, Mills por confusión que hace explícita,¹⁹ y Domhoff por la que conserva implícita, dan por supuesta la identidad entre el análisis de las clases y el de la estratificación social, confundiendo la hipótesis sobre la relación entre *estrato superior* y *élite gobernante*, de claro corte funcionalista, con la hipótesis sobre la relación entre *clase dominante* y *clase dirigente*, en la tradición marxista, en la que dominio y dirección son, a un mismo tiempo, económico ideológico y político.

La obra de Domhoff, sugerente y útil en muchos sentidos, se caracteriza, en realidad, por ser teórica y metodológicamente indeterminada. Si en este trabajo se le considera entre los elitistas, es, primero, porque al suscribir *la idea* de “élite del poder” asume, en oposición a la teoría pluralista, la existencia de un poder concentrado y acumulativo; segundo, porque su definición de clase superior y gobernante es en todos sentidos de tipo nominalista,²⁰ “construida” con base en cortes arbitrarios en ciertos índices jerárquicos y porque, según él lo explicita en la presentación de su estudio, “no está endeudado con teoría alguna acerca de la dinámica de la historia ni de la estructura de la sociedad...”.²¹

Como consecuencia, la "clase" social de Domhoff no sólo carece de toda connotación normativa, sino también de todo referente histórico y estructural. ¿No es exactamente esto lo que Pareto y Mosca reclaman como distintivo de la élite? ¿No es exactamente esto lo que expresan los términos "clase alta", "media" y "baja" de la estratificación, los cuales pueden ser "construidos" para cualquier tipo de sociedad y en cualquier época? Parece obvio que en nada tiene que ver este "estrato alto" (¿clase gobernante?) con la teoría de las clases.

Ciertamente, es su "estrato superior" el que llevó a Domhoff a decir que "porque 'clase dirigente' es un término que implica un punto de vista marxista de la historia, (es) por lo que se emplea el término más neutro (?) de 'clase gobernante'". Sin embargo, previene "contra el uso incorrecto que del término hace Pareto, quien habla de 'élites gobernantes', sin ocuparse mucho, si es que lo hizo, de las clases...".²² ¿No se pierde Domhoff en su semántica?

Luego de criticar a los "pluralistas", a "los conservadores tocquevillianos", a "los radicales marxistas" y a "los que están de acuerdo con Mills" por sus respectivas nociones simples de grupos de intereses, grupos de veto, establishment, élite del poder, etcétera, Domhoff establece su concepto de "clase gobernante", asegurando con modestia que se trata de una definición mínima, empíricamente comprobable, y sin supuestos cargados de ideología. Además, según él, su concepto queda a salvo de la crítica de Dahl al modelo de élite del poder²³ porque el suyo es un modelo, de *clase* gobernante, no de élite dominante.

"Clase gobernante es una clase social superior que recibe una cantidad desproporcionada del ingreso del país, posee una cantidad desproporcionada de la riqueza del país y facilita una cantidad desproporcionada de sus miembros a las instituciones de control y a los grupos clave de la adopción de decisiones en dicho país."²⁴

Ahora bien, a diferencia de Mills, Domhoff vincula su definición de clase gobernante con el método de la sociología del liderazgo, el cual "estudia los antecedentes sociales de los individuos que controlan las instituciones y toman las decisiones".²⁵ Mills, por el contrario, advierte que aunque el poder de la minoría no significa que no puedan hacerse cien pequeños arreglos dentro de la política en marcha, "la idea de *élite* del poder no implica nada acerca del proceso de la adopción de decisiones como tal; es un intento para delimitar las zonas sociales en que se realiza ese proceso, cualquiera que sea su carácter. Es una concepción de lo que va implicado en el proceso".²⁶

No obstante, en ambos existe la creencia, aunque vaga, de que al analizar el traslape o yuxtaposición entre las instituciones y personas que deciden, el conocimiento de la "clase" gobernante (Domhoff) o de la élite del poder (Mills) conducen, en realidad, al conocimiento de la *estructura del poder*.

Tal creencia conlleva una serie de problemas; entre ellos, el confundir la *estructuración del liderazgo* con la *estructura de poder*. Una cosa es que el liderazgo no se produzca en forma caótica y desorganizada, que posea una articulación (estructuración) discernible e investigable, y otra cosa muy distinta es que esa organización del liderazgo constituya la estructura de poder de la sociedad, en este caso, de la sociedad americana.

Ciertamente, la analogía entre estrato superior y élite políticamente dirigente corresponde a las inferencias, más o menos gratuitas, de los teóricos de la estratificación y de la élite, los cuales asumen como equivalentes la dominación económica y social con la dirección política. ¿En dónde queda la autonomía que reclaman para la política? ¿No acaban por subsumir lo uno en lo otro en una “transitividad” inexplicada?

Aunque enfatizando un aspecto diferente, Nelson W. Polsby, refiriéndose a sus propias conclusiones sobre New Haven, previene contra las dificultades de establecer ese tipo de inferencias.

Al preguntarse a sí mismo, ¿son las relaciones (arrangements) que he descrito una “estructura de poder”? Se responde:

“Parece arbitrario el hecho de llamar a los distintos procesos políticos descritos en New Haven, una “estructura de poder”. Las desventajas de hacerlo involucran dos sentidos connotativos inconvenientes del término: primero, que el poder y la clase o estructura de *status* de la comunidad están vinculados de cierta manera (esto es, de la manera que describen los autores de la estratificación) y, en segundo lugar, que las distribuciones de poder que prevalecen al momento del estudio, están tan arraigadas y es tan probable que se repitan que se les puede referir como propiedades ‘estructurales’ de la vida social de la comunidad— esto es, permanentemente estables en algún sentido. Lo último es una pregunta empírica, pero dudo que una investigación descubriría una respuesta afirmativa.”²⁷

La teoría elitista conduce, pues, a un tipo de análisis que se caracteriza por estudiar el fenómeno del poder en función de las relaciones entre el perfil de la estratificación (económica, social o psicológica: de individuos, grupos o instituciones) y la estructuración del liderazgo tal y como se establece entre los miembros del estrato o “clase” superior. Sus conclusiones, en favor de un poder concentrado y acumulativo; esto es, en favor de una pauta de liderazgo característicamente oligárquica, implican, además, que la élite posee aquello que Meisel denominó “las tres C’s: conciencia de grupo, coherencia, y conspiración”.²⁸

Muchas de las debilidades de la teoría de la estratificación, y específicamente de la tesis sobre el estrato superior y gobernante, han sido debidamente organizadas por Polsby en forma esencialmente correcta.²⁹ Sin embargo, el que sus argumentos no distingan para nada las diferencias cruciales entre la teoría de la estratificación y la teoría de las clases, podría conducir a confusiones.

Por su parte, la teoría democrático-pluralista, y especialmente Robert A. Dahl —y el mismo Polsby— han establecido serias objeciones al modelo de la élite del poder.

II. *¿Élite del Poder o Equilibrio de Poder?*

La visión pluralista del poder establece una proposición básica descrita sucintamente por David B. Truman: “Cantidades significativas de poder son manejadas en la política americana por aquellas formaciones usualmente conocidas como “grupos de presión”... o como yo prefiero llamarlas “grupos de interés”. Estos grupos fueron definidos por el propio Truman del siguiente modo:

“El ‘grupo de interés’ se refiere a cualquier grupo que, en base a una o más actitudes compartidas, hace ciertas reclamaciones sobre otros grupos en la sociedad para el establecimiento, mantenimiento o ensalzamiento de formas de comportamiento que están implicadas por las actitudes compartidas.”³⁰

Esa proposición general ha sido formulada principalmente para las sociedades capitalistas avanzadas, las que habrían completado la *transición* de un modelo de sociedad relativamente simple y homogéneo a otro sumamente diferenciado, complejo y especializado, en el que muy diferentes grupos en competencia tienen capacidad de ejercer influencia pero ninguno posee la suficiente para poder constituirse en élite dominante.³¹ Aún el gobierno dejaría de constituir una institución especial y su único distintivo básico sería el de conservar el monopolio legítimo de los medios de violencia.³²

Tal tipo de proceso ha sido localmente observado por Robert A. Dahl, quien en su estudio sobre New Haven constata el paso gradual de una sociedad oligárquica a una pluralista, como consecuencia de una “silenciosa revolución socioeconómica” que ha tenido lugar en el curso de los dos últimos siglos.³³

El arribo a una sociedad pluralista no implica, en los términos de Dahl, que la desigualdad política haya sido erradicada, sino solamente que el desarrollo de la sociedad industrial y las instituciones produjeron una *dispersión* de los recursos políticos (los votos, los empleos, las amenazas, el dinero, la información). De este proceso histórico, él extrae la siguiente conclusión:

“Una élite no gobierna más a New Haven. Pero en el sentido democrático estricto, la desaparición de una élite gobernante no ha conducido a la emergencia de un gobierno ejercido por el pueblo. ¿Quién, entonces, gobierna en una democracia pluralista?”³⁴

Antes de considerar la respuesta a la que Dahl llega, conviene precisar sus prerrequisitos; o sea, las características de una democracia pluralista.

El que el poder esté dispuesto significa que está distribuido entre diferentes grupos de interés, organizados autónomamente, que compiten en diferentes campos o arenas de problemas. Como resultado, el liderazgo de los grupos y de los propios líderes es un liderazgo especializado y no es acumulativo.

En contraste con el modelo de una única élite gobernante, existe una pluralidad de élites especializadas, o, como dice T. Gitlin con intención crítica, "hay élites, pero no élite".³⁵ Dentro de cada élite, los líderes constituyen una minoría que ejerce una gran influencia sobre todas las cosas importantes, pero porque la relación entre líderes y seguidores es frecuentemente recíproca, las decisiones de los líderes están también determinadas en parte por las preferencias de sus seguidores.³⁶ El término élite, como lo ha observado Parry, es usado "en un sentido débil para significar meramente la categoría de 'top persons' en cualquier grupo de interés o en cualquier actividad que afecte la política".³⁷

Dahl sugiere, además, un criterio para estratificar a la población en dos tipos de grupos, de acuerdo con sus respectivos grados de involucramiento en la política:

"En New Haven, como en otros sistemas políticos, un estrato pequeño de individuos está mucho más altamente involucrado en el pensamiento, la discusión y la acción política, que el resto de la población. Estos ciudadanos constituyen el estrato político."³⁸

Este estrato político es el elemento clave para el funcionamiento de las instituciones políticas de la sociedad sin el cual éstas dejarían, temporalmente, de funcionar.³⁹ Su recíproco es el que Dahl llama "estrato apolítico" o "resto de la población".

Ambos estratos se diferencian por sus respectivas "subculturas":

"En el estrato político, la política sobresale notoriamente... los individuos tienden a ser más bien calculadores en su elección de estrategias..., (ellos) son en cierto sentido seres relativamente político-racionales..., en el estrato político, las creencias políticas de un individuo tienden a caer en pautas que tienen un grado relativamente alto de coherencia y consistencia interna...; la información sobre la política... es extensiva... Los individuos en el estrato político tienden a participar bastante activamente en la política..., (ellos) ejercen buena parte del reforzamiento, dirección, e influencia activa en la política del gobierno; de hecho algunos individuos tienen una extraordinaria cantidad de influencia..."⁴⁰

En otras palabras podría decirse que el estrato político es el estrato de la población participante al cual corresponden regularmente, según el propio Dahl, las funciones relativas a la formulación de demandas políticas y la elaboración de sus soluciones. Este estrato provee los líderes, el otro los seguidores. Sin embargo, este "estrato líder" no constituye

una clase homogénea con intereses bien definidos; representa, solamente, la subcultura de la participación política.

Así, este pequeño estrato de individuos directamente participantes, aunque constituyan en realidad los verdaderos actores del juego político, entran en competencia dentro de áreas especializadas de problemas y permanecen en un "equilibrio de poder".

En su estudio sobre New Haven, Dahl reporta evidencia empírica en favor de esta tesis, rechazando la idea del modelo de élite gobernante, a la cual califica como "un tipo de teoría cuasi-metafísica construida en base a lo que podríamos denominar como una regresión infinita de explicaciones".⁴¹

Dahl analizó en tres diferentes áreas de problemas —nominación de candidatos para cargos electivos a nivel local, remodelamiento urbano y educación pública— la influencia de diferentes grupos de interés en el proceso de decisiones, concluyendo que una minoría influyente en un área determinada no lo era en otra; esto es, cada minoría se encontraba involucrada en una zona particular de la toma de decisiones. Concluyó, además, en que prácticamente no existía ningún tipo de superposición en la membresía de las minorías detectadas.⁴²

Estos puntos en la distribución de la influencia parecen caracterizar empíricamente el argumento de la teoría pluralista en favor de la diferenciación de las élites y las implicaciones de ello en la dispersión del poder.

En su ya mencionado estudio, Polsby obtiene resultados semejantes a los de Dahl, con el mismo tipo de criterios de verificación empírica, rechazando la hipótesis de la teoría de la estratificación sobre la existencia de un estrato superior gobernante.⁴³

Ahora bien, ¿qué se puede concluir de todo esto? ¿Son éstas razones suficientes para refutar los conceptos de "élite del poder" y de "clase dirigente"? ¿Es la comunidad local el contexto adecuado para decidirlo? Las oposiciones entre los resultados, ¿se explican solamente por diferencias en el "rigor" metodológico de los investigadores? O aún más, ¿hasta qué punto son los resultados comparables? Y en la medida en que lo sean, ¿hasta dónde son realmente incompatibles?

Estas preguntas y muchas otras han sido analizadas críticamente en diversas obras.⁴⁴ Sin dejar de tenerlas presentes, es posible sin embargo que sea útil reproducirlas aquí. Prefiero recuperar el hilo conductor de mis preocupaciones en este ensayo, estableciendo cuestiones que aunque puedan ser polémicas, ayuden a clarificar el alcance de cada teoría por relación directa a lo que realmente constituye su objeto de análisis.

El primer hecho a establecer es que la teoría pluralista, en mi opinión, termina por correr el riesgo de caer, aunque en dirección opuesta, en lo que critica a la teoría elitista; es decir, en una *progresión infinita de explicaciones*, como consecuencia de su concepción sobrecompartmentalizada del poder. En su enfoque instrumentalista, concentrado en los medios

de ejercer influencia y el papel que en el proceso desempeñan las asociaciones voluntarias, la teoría pluralista se enfoca, con razón, en segmentos sociales particularizados dejando abierta la cuestión de las formaciones y fuerzas sociales "básicas". Pero, ¿cabe sostener que en las sociedades industriales más avanzadas, el vacío dejado por la élite ha sido ocupado por los grupos de personas "temporalmente prominentes" organizados alrededor de problemas igualmente temporales y prominentes? Por lo demás, ¿no es enteramente comprensible que se encuentre una especialización de los intereses y del liderazgo, precisamente ahí donde se han definido problemas suficientemente especializados como para encontrarlos? (localización de escuelas públicas, remodelamiento urbano, etcétera).

La manifiesta heterogeneidad del sistema de clases y del liderazgo en las sociedades industriales avanzadas no tiene porqué conducir, necesariamente, a una "progresión infinita de explicaciones" para analizar, por ejemplo, la influencia que puedan ejercer determinados grupos en la definición de objetivos y políticas dentro de una misma clase social o formación social básica. Cabe preguntar, entonces, ¿hasta qué punto las funciones de las minorías en las sociedades industriales expresan una redefinición de las formas de liderazgo de clase más bien que un nuevo tipo de estructuración social?; tras la manifestación abierta de un comportamiento político y social en términos de dirigentes y dirigidos, ¿no subsistirán las estructuras clasistas como principios reguladores de la estratificación social y del comportamiento de las masas y de las élites?⁴⁵

Es posible que la trascendencia teórica de las evidencias empíricas en favor de una pauta de liderazgo u otra (elitista o plurielitista), pueda ser mejor establecida si se les pone en relación con el contexto socioeconómico total al cual están referidos y del cual obtienen su significado. Así por ejemplo, "es muy cierto que los miembros de las clases superiores y los detentadores del poder económico no toman parte directa, necesariamente, ni siquiera a menudo, en los gobiernos municipales y estatales. Pero esto no quiere decir que no constituyan el punto de referencia fundamental de quienes realmente rigen estas unidades de gobierno".⁴⁶

Lo que esto significa, en síntesis, es que en el seno de una misma *estructura de poder* pueden desarrollarse diferentes pautas de liderazgo, las cuales no pueden ser correctamente interpretadas sin tener debidamente en cuenta los condicionamientos de esa estructura bajo situaciones históricas determinadas y en sociedades concretas. Por supuesto, el análisis de tal estructura no dice nada, en sí mismo, sobre los procesos particulares de la articulación del liderazgo y la toma de decisiones en asuntos especializados, pero establece los límites dentro de los cuales esas decisiones son llevadas a cabo y sus contenidos son puestos en práctica. Las pautas del liderazgo pueden ser vistas, así, como una variable dentro de límites *relativamente* invariantes. En otras palabras la determinación de las decisiones, bajo cualquier forma de liderazgo, nunca sobrepasa los límites de una "posibilidad estructural".

¿Cómo analizar esta “estructura” sin convertirla, de hecho, en “alguien tras las cortinas”; es decir, sin caer en el error que acertadamente impugna Dahl al modelo de élite gobernante?:

“El modelo de élite gobernante puede ser interpretado —dice Dahl— en este modo. Si los líderes públicos de una comunidad no aparecen como constituyentes de una élite gobernante, entonces la teoría puede ser salvada argumentando que detrás de estos líderes evidentes hay un grupo de líderes ocultos, los cuales son los que la constituyen. Si la evidencia subsecuente muestra que este grupo encubierto no forja una élite gobernante, entonces la teoría puede ser salvada argumentando que detrás del primer grupo encubierto hay otro, y así sucesivamente”.⁴⁷

El tema alude, directamente, al problema de la identificación de esas formaciones y fuerzas sociales que hasta aquí hemos denominado genéricamente como “básicas”, a la caracterización de sus interrelaciones, y a la determinación de su influencia en el establecimiento de ese cúmulo de posibilidades límites dentro de las cuales se articulan los sistemas de liderazgo.

¿Cuál es el *tipo de teoría* en el que estas interrogantes pueden hallar respuestas satisfactorias, aun cuando no sean definitivas?

III. *Estructura de Clases y Poder Político.*

Existen en este punto, por supuesto, caminos teóricos alternativos. Me temo, no obstante que al abordar cuestiones que trasladan el análisis al nivel de la sociedad global, no se tiene más remedio que recurrir a las formulaciones del “pensamiento clásico” en el que la preocupación por la prueba empírica no asfixió una reflexión rigurosa en el propio campo de la teoría. Es posible que en la observación formulada por David Apter, coincidan muchos especialistas contemporáneos por muy distintos que sean entre sí:

“El acopio de nuevos conocimientos teóricos no parece haber crecido mucho. Con esto no se quiere sugerir que Aristóteles, o Marx, o Weber dijeron ya todo antes y mejor, o que, de hecho nosotros permanecemos como sus asistentes de investigación. Pero no hay tanto cercanamente nuevo bajo el espectro teórico como lo hay bajo el tecnológico.”⁴⁸

El anteriormente aludido enfoque de la estratificación no parece poder contribuir en nada a este tipo de problemática. Sus esquemas jerarquizados de “clase” superior gobernante y “clase” inferior gobernada, no guardan relación alguna con las formaciones básicas a que nos referimos. Por el contrario, las mantiene indeterminadas; o, lo que es lo mismo, trata de encontrarlas (¿construirlas?) en el 1% de la población, o en el 0.5% (Domhoff), si por acaso el 5% inicialmente definido no arrojó los resul-

tados esperados, y así sucesivamente. Ello sin considerar los casos en que una formación básica es extraída de las páginas sociales de los periódicos por la averiguación de quién invita a quién a cenar, o quién se casa con quién.

En ninguna de las formulaciones clásicas sobre el poder y la estructura social se establecieron, entretanto, criterios tan simplistas. Dentro de las alternativas más sugestivas se encuentran, sin duda, las obras de Max Weber sobre el fenómeno del poder, las estructuras de dominación, los tipos de autoridad y la estructuración de las unidades básicas resultantes de la distribución del poder: las clases, los grupos de status y los partidos.⁴⁹ Como se sabe, Weber terminó por prestar una gran importancia al conflicto de intereses entre los grupos de status, sugiriendo la pérdida de importancia de las luchas e intereses de clases como protagonistas del conflicto en el capitalismo contemporáneo. La clase, así, permaneció como una dimensión básica de la estratificación (distribución del poder) en las relaciones de mercado, pero de ninguna manera desempeñó, en Weber, el papel fundamental de “motor de la historia” como en el caso de Marx. La siguiente afirmación de Weber ilustra claramente su posición y las razones por las que Albert Salomon lo consideró, con razón, dentro del grupo de sociólogos alemanes que se definen por “la rebelión contra Marx”.⁵⁰

“Por lo tanto, toda clase puede ser la protagonista de cualquier posible “acción de clase” en innumerables formas, pero no necesariamente. En todo caso, una clase no constituye en sí misma una comunidad y se da lugar a graves equívocos cuando desde el punto de vista conceptual es equiparada a las comunidades. Y la circunstancia de que los hombres pertenecientes a la misma clase reaccionen habitualmente frente a situaciones tan evidentes como son las económicas mediante una acción de masas según los intereses más adecuados a su término medio —un hecho tan importante como elemental para la comprensión de los fenómenos históricos—, es algo que no justifica en modo alguno el empleo pseudocientífico de los conceptos de “clase” y de “interés de clase” tan usual en nuestros días y que ha encontrado su expresión clásica en la siguiente afirmación de un talentoso escritor: el individuo puede equivocarse en lo que respecta a sus intereses, pero la “clase” es “infalible” en lo que toca a los suyos. Por lo tanto, si las clases no “son” por sí mismas comunidades, las situaciones de clase surgen únicamente sobre el suelo de comunidades. Pero la acción comunitaria que le da origen no es fundamentalmente una acción realizada por los pertenecientes a la misma clase, sino una acción entre miembros de diferentes clases”.⁵¹

Así, el concepto de clase (y de intereses de clase, por derivación) adquiere en el análisis de Weber una doble significación. Como una dimensión de la estratificación, el concepto de clase es fuertemente remarcado cuando se quiere explicar la organización del poder en el ámbito de sus determinaciones económicas. Pero cuando se trata de explicar la influencia del orden económico (y su representante, la clase) sobre el

conjunto de la sociedad y la “estructura de dominación”⁵² que en ella existe, el orden económico y la clase acaban por diluirse, casi totalmente, en una multiplicidad de intereses que compiten y provienen de todas partes. La dinámica del cambio, entretanto, no descansa en el desarrollo de las relaciones de clase (que en este plano son inexistentes), sino en el “mercado del prestigio” en el que tiene lugar la competencia entre los grupos de status.

A pesar de haber señalado límites bien definidos al concepto de clase y de haber hecho una distinción precisa entre este concepto y el de status, la clase se convierte, a pesar de todo, en una “entidad vacía” ideológica y políticamente hablando. Excluida de estos dos planos —que corresponden al monopolio de los grupos de status y los partidos— la clase se reduce a una categoría estática que, cuando más, puede eventualmente constituir las bases de una “acción comunitaria”.⁵³

A través de esas argumentaciones es como Weber llegó, finalmente, a la elaboración de su tipología de la dominación, y en particular a su noción de “burocracia racional”, como categoría alternativa al concepto de “lucha de clases”.

La teoría marxista de las clases constituye la otra gran alternativa derivada del pensamiento clásico y representa —habida cuenta de la asimilación que la sociología y la ciencia política funcionalista hicieron de Weber aunque parcial y quizá tergiversadamente— el tercer principal tipo de análisis con el que se abordan, contemporáneamente, los estudios sobre el poder y la estructura social. De la misma manera en que Albert Salomon y Gerth y Mills⁵⁴ han calificado a la obra de Weber como la alternativa clásica mejor acabada al marxismo, T. B. Bottomore ha escrito que “la idea de élites era originalmente concebida en oposición a la idea de clases sociales”. Por su parte, Ralph Milliband ha argüido que “el rápido desarrollo de la sociología política democrático-pluralista después de 1945, sobre todo en los Estados Unidos, estuvo inspirado por la necesidad de salir al paso del ‘desafío del marxismo’, en este campo, con argumentos más plausibles que los que podría aducir la ciencia política común y corriente.”⁵⁵

No obstante Juan Linz ha observado que élite y clase no son fenómenos que se excluyan:

“Contrariamente al pensamiento de varios marxistas y de algunas polémicas originales de los Maquiavelistas... el estudio de las élites no excluye un análisis de la sociedad en términos de clases sociales, incluso un análisis marxista de sociedad de clases. Después de todo, una clase capitalista que se ajustara al modelo puro desarrollado en *El Manifiesto* y en *El Capital* tendría una élite constituida por los miembros más activos de la clase que se haría cargo de sus intereses colectivos y ejercería el poder directa o indirectamente...”⁵⁶

En efecto, la propia literatura marxista clásica emplea frecuentemente el término *élite*, en el sentido indicado por Linz, aunque obviamente sin las connotaciones que como concepto adoptaría en la teoría elitista.

No obstante, el hecho de que los miembros más activos de una clase tomen a su cargo los intereses colectivos y ejerzan el poder, se expresa más rigurosamente, en la teoría marxista, a través del concepto de *fracción de clase*. Aún más, en las obras de Marx y Engels, y posteriormente en las de Lenin y Gramsci, el concepto de fracción de clase desempeña un papel fundamental en la medida, precisamente, en que se le utiliza como guía para la investigación concreta de tres fenómenos: 1) la fraccionización o heterogeneidad de los intereses de clase en un momento histórico determinado, 2) la constitución de *fracciones hegemónicas* dentro de cada clase y, 3) la constitución de un *bloque de poder*, en el que esas fracciones hegemónicas participan en cierto equilibrio y del cual deriva la estabilidad del sistema social global.

Ahora bien, estos conceptos forman parte de la teoría de las clases, de la cual derivan su significado, y no constituye una mera alternativa terminológica —la cual no tendría mayor importancia—. Por ello, conviene precisar su significado y diferenciarlos claramente, aunque sólo se haga en sus lineamientos más generales.

Conviene precisar, primero, que metodológicamente el estudio de las clases en el marxismo no establece campos distintos de las prácticas sociales ni áreas teóricas diversas, sino niveles de complejidad de la realidad que se articulan en totalidades concretas (*unidad de lo diverso*).⁵⁷ En el famoso postfacio a su *Contribución a la Crítica de la Economía Política*,⁵⁸ Marx se opone explícitamente a la idea de una economía como algo separado de lo social y de lo político.

No obstante, desde que Max Weber introdujo en los estudios de estratificación las dimensiones u órdenes de lo económico, de lo social y de lo político, muchos autores insisten en que Marx sólo reconoce la base económica de la clase, conduciendo así a interpretaciones equivocadas sobre la naturaleza del concepto marxista de las clases. La *clase* era para Marx —como lo ha señalado Marshall—⁵⁹ un principio único dominante, y cuando un sistema social se establece, las tres dimensiones convergen y las jerarquías económica, política y cultural se identifican: El concepto de clase es, entonces, una categoría analítica ajena a todo “economicismo”, “culturalismo” o “politicismo”.

La clase no es un fenómeno “nominal” sino un fenómeno “real”,⁶⁰ de lo cual deriva precisamente su valor como concepto analítico. Como tal, forma parte de la estructura social y contribuye al conocimiento de las fuerzas motrices de la sociedad. En ese carácter, las clases son, además de una categoría analítica y estructural, una categoría histórica. Ellas van unidas tal desarrollo de la sociedad y se constituyen históricamente en formaciones sociales específicas. Es por ello que no tiene sentido hablar, como hacen los teóricos de la estratificación, de clases altas, medias y

bajas, o élite-masa, en todos los tiempos. Ellas tienen un contenido histórico-estructural específico y por ello pueden ser descritas en términos igualmente específicos. Así lo hacía Marx cuando hablaba de “proletariado”, de “pequeña burguesía”, de “aristocracia financiera”, etcétera.⁶¹

Mostrando el vínculo entre la *producción socialmente organizada* y la *existencia históricamente definida* de las clases, Lenin estableció una de las definiciones más acabadas:

“Las clases son grandes grupos de hombres que se diferencian entre sí por el lugar que ocupan en un sistema de producción social históricamente determinado, por las relaciones en que se encuentran con respecto a los medios de producción (relaciones que las leyes consagran y formulan en gran parte), por el papel que desempeñan en la organización social del trabajo, y, consiguientemente, por el modo y la proporción en que perciben la parte de riqueza social de la que disponen. Las clases son grupos humanos, uno de los cuales puede apropiarse el trabajo de otro, por ocupar puestos diferentes en un régimen determinado de economía social.”⁶²

Así pues, no es el monto de los ingresos, ni la ocupación, ni el estilo de vida lo que constituye a una clase; más bien, esos son factores dependientes que reflejan una situación fundamental.

Es casi innecesario decir que las clases sólo existen dentro de un sistema de clases; es decir, unas con respecto a otras, pues lo que las distingue son precisamente las relaciones que mantienen entre sí. En el análisis de Marx, esas relaciones *fundamentales* son relaciones de explotación y dominación y por ello los “intereses objetivos”⁶³ entre ellas se expresan como contrarios, en oposición, contribuyendo a la transformación de las estructuras sociales.

Bajo condiciones históricas específicas —que requieren ser analizadas empíricamente en cada caso— las clases sociales adquieren conciencia de sí mismas; esto es, adquieren conciencia de su situación social y de sus potencialidades, y tienden a organizarse políticamente e ideológicamente para tomar el poder del Estado. La “*conciencia de clase*”, que conduce a la manifestación de la clase en los planos ideológico y político, posibilita el paso de la “clase en sí” a la “clase para sí”, constituyéndola “plenamente”. Entretanto, se trata de dos momentos dialécticos de un mismo proceso que se basa en la contradicción entre el desarrollo de las fuerzas productivas y las relaciones sociales de producción.⁶⁴

Presentados en forma breve y esquemática, los criterios apuntados constituyen lo esencial del concepto de clase en la teoría marxista y la distinguen claramente de los conceptos y fenómenos descritos por la teoría de la estratificación social.⁶⁵

Ahora bien, la cuestión relativa al número de clases posibilita volver a los problemas que en este ensayo interesan. Cuántas y cuáles son las clases no es un problema que corresponda al reino de la estadística.

No existe ninguna inconsistencia interna en las obras de Marx por el hecho de que en algunas de ellas se obtenga una representación dicotómica de la estructura de clases, mientras en otras aparezcan representaciones múltiples. En el primer caso, se trata de la elaboración de un modelo teórico; en el segundo, de análisis concretos de situaciones históricas particulares. Como modelo teórico, el análisis dicotómico⁶⁶ está asociado al análisis del *modo de producción predominante* y a las *clases fundamentales* que le corresponden: siervos y señores en el feudalismo; burguesía y proletariado en el capitalismo.

Por otra parte, se dice que el modo de producción es predominante porque no existe en forma pura, sino en coexistencia con vestigios del modo de producción anterior; por ello, las clases fundamentales coexisten también con las *clases secundarias*. Así, la división de la sociedad en sólo dos clases antagónicas representa en Marx una tendencia histórica. En *El Capital*, en su brevísimo e inacabado capítulo sobre las clases, Marx escribió:

“Es en Inglaterra, indiscutiblemente, donde más desarrollada se halla y en forma más clásica la sociedad moderna, en su estructuración económica. Sin embargo, ni aquí se presenta en toda su pureza esta división de la sociedad en clases... Existen capas medias y de transición que oscurecen en todas partes (aunque en el campo menos que en las ciudades) las líneas divisorias...”⁶⁷

Esa distinción básica entre el modelo teórico general y el análisis de situaciones concretas, se acompaña, además, del hecho de que las clases no actúan en bloque y suponerlo así conduce al error de considerarlas como unidades homogéneas en cuyo interior no se desarrollan conflictos, como parece creerlo el esquematismo de interpretaciones pseudo-marxistas. Regularmente, las clases actúan como *fracciones de clase* y como tales pueden devenir autónomas dentro del contexto de una misma clase social.⁶⁸

Visto desde este ángulo, el poder en la sociedad se encuentra efectivamente diluido, pero no entre una ciudadanía anónima entre la cual se distribuye y conserva en forma equilibrada, sino entre clases, fracciones y grupos específicos de poder, entre los que se distribuye en forma asimétrica dando lugar no sólo a una división horizontal de la sociedad sino también a divisiones y conflictos verticales entre las distintas fracciones de una clase. El Estado, careciendo de poder en sentido estricto, es el principio organizador de la dominación y representa el objetivo fundamental de la lucha política por cuanto proyecta las relaciones de fuerza existentes entre las diferentes clases y fracciones que constituyen el bloque de poder; esto es, por cuanto constituye el factor de unidad política de ese bloque de fracciones hegemónicas.

“El bloque de poder constituye una unidad contradictoria de las clases o fracciones *dominantes*; unidad dominada por la clase o fracción hegemónica.”⁶⁹

Por fracciones de clase Marx se refería, especialmente, a aquellas categorías perceptibles en el nivel de las relaciones de producción, por ejemplo, fracciones industrial, comercial y financiera de la burguesía, pero que a diferencia de otras categorías que pueden constituirse en estructuras diferentes de la económica —la burocracia por ejemplo— tienen capacidad de autonomía y de constituirse en fuerzas sociales.

Finalmente, el concepto de hegemonía adquiere en las obras de Marx un doble significado o una doble función: por una parte, comprende el dominio particular de una clase respecto de otra o de alguna fracción dominante sobre otras fracciones de la misma clase; por otra parte, la función hegemónica se refiere, en cambio, al papel *directivo* de una fracción dominante, a nivel de la cultura o de la ideología.

Este concepto fue desarrollado principalmente por Antonio Gramsci, quien al analizar la relación entre Estado y Sociedad Civil los distinguía por sus respectivas funciones: de dominación en el primero, de hegemonía en la segunda. La función de dominación se caracteriza por la imposición de normas y por el empleo de la fuerza o por la posibilidad de utilización de medios de coerción.

La función hegemónica, en cambio, se ejerce esencialmente a nivel de la ideología. Es la función por la cual una clase obtiene el consentimiento, la adhesión o el apoyo de las clases subalternas. Es la función por la cual una clase o fracción se coloca como vanguardia y dirigente de la sociedad, con el consentimiento de las otras clases. Para ser dirigente, una clase debe convencer al conjunto de las otras clases de que ella es la más apta para asegurar el desarrollo de la sociedad.⁷⁰

Dos trabajos históricos de Marx, *el 18 Brumario de Luis Bonaparte* y *Las Luchas de Clases en Francia de 1848 a 1850*,⁷¹ ejemplifican perfectamente la utilización de este tipo de conceptualización sobre el fenómeno del poder entendido como una relación estructurada y organizada; esto es, como una densa red de relaciones entre grupos y clases, por un lado, y medios de poder, por otro. Como el propio Marx lo muestra en esas obras, la función básica de la estructura de poder consiste, precisamente, en la reproducción de las relaciones sociales que ponen en funcionamiento el sistema económico de apropiación y el sistema político e ideológico de dominación.

La estructura de poder, ciertamente, no es “alguien tras las cortinas”, pero tampoco puede ser deducida de las relaciones de influencia establecidas entre asociaciones voluntarias con respecto a intereses especializados. A fin de evitar la reducción de la estructura de poder a una entelequia pseudomarxista que todo lo explica por el voluntarismo de una clase dominante y omnipresente, así como la explicación de los fenó-

menos del poder por sus apariencias, Gramsci establecía la siguiente recomendación metodológica:

“En el estudio de una estructura es necesario distinguir los movimientos orgánicos (relativamente permanentes) de los movimientos que se pueden llamar ‘de coyuntura’ (y se presentan como ocasionales, inmediatos, casi accidentales). Los fenómenos de coyuntura dependen también de movimientos orgánicos, pero su significado no es de gran importancia histórica; dan lugar a una crítica política minuta, cotidiana, que se dirige a los pequeños grupos dirigentes y a las personalidades que tienen la responsabilidad inmediata del poder. Los fenómenos orgánicos dan lugar a la crítica histórico-social que se dirige a los grandes agrupamientos, más allá de las personas inmediatamente responsables y del personal dirigente.”⁷²

De las diferencias conceptuales establecidas a lo largo de este ensayo, se deducen no únicamente diferencias entre tipos de análisis y estrategias de investigación sobre la estructura social y las relaciones de poder, sino que también se delimitan fenómenos y niveles de análisis que están estrechamente vinculados y se interpenetran recíprocamente. El error en que se cae frecuentemente en el análisis histórico político —observó Gramsci— consiste en no saber encontrar la relación justa entre lo orgánico y lo ocasional, llegando así a exponer como inmediatamente activas causas que operan en cambio de una manera mediata, o por el contrario, a afirmar que las causas inmediatas, por el sólo hecho de estar inmediatamente presentes, son las únicas eficientes. En un caso se tiene un exceso de “economicismo” y doctrinarismo; en el otro, un exceso de ideologismo y exaltación del elemento individual.⁷³

El primer elemento en el estudio del poder, es el reconocimiento básico de que existen realmente gobernados y gobernantes, dirigentes y dirigidos. Pero, según se ha visto, ni todos los que dirigen tienen el mismo poder, ni todos los dirigidos carecen por completo de él. ¿Quién entonces tiene más poder? Esta es la pregunta que está en el centro del análisis de Dahl en *The Concept of Power*⁷⁴ y ella implica, naturalmente, la concepción del poder en términos de relación y de comparabilidad. Pero, ¿entre quiénes? Al introducir la noción de estructura de poder en los términos planteados en este ensayo, no se ha hecho sino sugerir la categoría histórico-estructural en la que los análisis empíricos del liderazgo y la toma de decisiones —como expresiones del poder— podrían ser especificados en términos de su trascendencia teórica.

¹ Juan J. Linz, *Parliaments and Cabinets: Political Elites in Changing Societies*, pp. 2-3 (mimeografiado)

² Véase: Fernando H. Cardoso, *Las Élites Empresariales en América Latina*, ILPES, Santiago, Chile, 1967.

- ³ Gaetáneo Mosca, *The Ruling Class*, McGraw-Hill Book Co., New York, 1939, p. 50.
- ⁴ *Ibidem*, p. 53.
- ⁵ Robert Michels, *Political Parties. A Sociological Study of The Oligarchical Tendencies of Modern Democracy*, The Free Press, New York, 1962. Véase, especialmente, sus ideas sobre "La Ley de Hierro de la Oligarquía".
- ⁶ Vilfredo Pareto, *The Mind and Society. A Treatise on General Sociology*, Vol. III, pp. 1422-1423.
- ⁷ *Ibidem*, pp. 1423-1424.
- ⁸ Véase, al respecto, V. Pareto, *Op. Cit.*, Secciones 1458, 2191 y 2480. También, Geraint Parry, *Political Elites*, Praeger Publishers, New York, 1969, pp. 45-50 y Lawrence J. Henderson, *Pareto's General Sociology. A Physiologist's Interpretation*, Russell and Russell, New York, 1935, Cap. VI.
- ⁹ T. B. Bottomore, *Elites and Society*, Penguin Books, 1970, p. 12.
- ¹⁰ James Burnham, *The Managerial Revolution*, Indiana University Press, 1966, Consulte, especialmente, los capítulos V y VI, pp. 58-76.
- ¹¹ C. Wright Mills, *La Élite del Poder*, F.C.E., México, 1960, p. 7.
- ¹² *Ibidem*. p. 16. De acuerdo con Parry, Mills define el poder como "... the ability to 'make history' — the ability of one person or group to change the course of large numbers of persons' activity in a significant way". Ver G. Parry, *Op. Cit.*, pp. 53-54.
- ¹³ C. W. Mills, *Op. Cit.*, pp. 260-261. Mills desarrolla el siguiente argumento en contra del concepto de clase dirigente: "'Clase dirigente' es una expresión mal entendida. 'Clase' es un término económico; 'dirigir' es un término político. Así la frase 'clase dirigente' contiene la teoría de que una clase económica dirige políticamente. Esta teoría resumida puede ser o no cierta a veces, pero no queremos transmitir esa teoría, bastante sencilla, en los términos que usamos para definir nuestros problemas; queremos exponer las teorías explícitamente, empleando términos de significado más preciso y unilateral. Concretamente, la frase clase dirigente, en sus connotaciones políticas comunes, no concede bastante autonomía al orden político y a sus agentes, y no dice nada de los militares como tales".
- ¹⁴ *Ibidem*, p. 25.
- ¹⁵ Este es, sin duda, uno de los orígenes de la variedad de críticas "liberales" y "radicales" que se le han hecho a Mills. Una buena colección de ellas puede verse en la obra editada por G. William Domhoff y Hoyt B. Ballard, *C. Wright Mills and the Power Elite*, Beacon Press, Boston, 1970. Sobre todo las contribuciones de Robert Dahl y Paul Sweezy.
- ¹⁶ Raymond Aron, "Social Structure and the Ruling Class", en *British Journal of Sociology*, I (1), March, 1950.
- ¹⁷ G. William Domhoff, *¿Quién Gobierna Estados Unidos?*, Siglo XXI editores, S. A., México, 1969.
- ¹⁸ Emile Durkheim, *The Division of Labor in Society*, Macmillan: New York, 1947.
- ¹⁹ Ver nota N^o 12 en la p. 6.

- ²⁰ Véase R. Bierstedt, "Nominal and Real Definitions in Sociological Theory", en Llewellyn Gross (editor), *Symposium on Sociological Theory*, New York: Harper, 1959.
- ²¹ Domhoff, *Op. Cit.*, p. 7.
- ²² *Ibidem*, pp. 7-8.
- ²³ Robert A. Dahl, "A Critique of the Ruling Elite Model", en G.W. Domhoff y H.B. Ballard, *Op. Cit.*, pp. 25-36.
- ²⁴ Domhoff, *Op. Cit.*, p. 203. Domhoff estimó en un millón de personas el tamaño de la "clase gobernante" en 1960 (0.5% de la población total). Naturalmente, el tamaño de la clase puede ser mayor o menor, en este tipo de enfoque, de acuerdo con las decisiones del investigador.
- ²⁵ *Idem*, pp. 203-204.
- ²⁶ C.W. Mills, *Op. Cit.*, p. 28.
- ²⁷ Nelson W. Polsby, *Community Power and Political Theory*, Yale University Press, New Haven, 1973, p. 97.
- ²⁸ James H. Meisel, *The Myth of the Ruling Class: Gaetano Mosca and the Elite*, The University of Michigan Press, 1962. por "conspiracy" Meisel indica "a common will to action".
- ²⁹ Nelson W. Polsby, *Op. Cit.*, especialmente los capítulos I, II y III.
- ³⁰ David B. Truman, *The Governmental Process. Political Interests and Public Opinion*, Alfred A. Knopf, New York, 1971, p. VII y p. 23.
- ³¹ Además de la obra de Truman, Arthur F. Bentley, *The Process of Government*, The Belknap Press of Harvard University Press, Cambridge, 1967 y Suzanne Keller, *Beyond the Ruling Class. Strategic Elites in Modern Society*, Random House, New York, 1963.
- ³² La literatura es muy abundante. Conviene, sin embargo, tener en cuenta las diferencias no poco significativas que existen dentro de los teóricos del pluralismo, a las que aquí no podemos considerar.
- ³³ Robert A. Dahl, *Who Governs? Democracy and Power in an American City*, Yale University Press, New Haven, 1971, Cap. I.
- ³⁴ *Ibidem*, p. 86.
- ³⁵ T. Gitlin, "Local Pluralism as Theory and Ideology", en *Studies on the Left*, Vol. 5, Nº 3, 1965, p. 25.
- ³⁶ Robert A. Dahl, *Who Governs?*, pp. 89-90 y p. 93.
- ³⁷ G. Parry, *Op. Cit.*, p. 68.
- ³⁸ Robert A. Dahl, *Who Governs?*, p. 90.
- ³⁹ *Idem*.
- ⁴⁰ *Ibidem*, pp. 90-91.

- 41 Robert A. Dahl, "A Critique...", p. 25. Dahl establece como requisitos mínimos de una prueba satisfactoria del modelo de élite gobernante, los siguientes: 1) The hypothetical ruling elite is a well-defined group; 2) There is a fair sample of cases involving key political decisions in which the preferences of the hypothetical ruling elite run counter to those of any other likely group that might be suggested; 3) In such cases, the preferences of the elite regularly prevail.
- 42 Únicamente el Alcalde estuvo involucrado en las tres áreas consideradas y solamente una persona tuvo participación en las decisiones de un área ajena a la suya. Véanse, en la parte III, los capítulos 14 a 18, pp. 181-220.
- 43 Nelson Polsby, *Op. Cit.*, Cap. 4, pp. 69-97.
- 44 Véase, especialmente, Ralph Milliband, *El Estado en la Sociedad Capitalista*, Editorial Siglo XXI editores, S.A., México, 1971. Nicos Poulantzas, *Clases Sociales y Poder Político en el Estado Capitalista*, Editorial Siglo XXI editores, S.A., México, 1969. Charles A. McCoy y John Playford (editores), *Apolitical Politics. A Critique of Behaviorism*, Thomas Y. Crowell Company, New York, 1967.
- 45 Fernando H. Cardoso, *Op. Cit.*
- 46 T. Gitlin, *Op. Cit.*
- 47 Robert A. Dahl, "A Critique...", p. 25.
- 48 David E. Apter, "Comparative Studies: A Review with some Projections", en *Comparative Methods in Sociology. Essays on Trends and Applications*, Ivan Vallier (editor), University of California Press, 1971, p. 10. Véase también, C.W. Mills, "The Classic Tradition", en George Brazillier (editon), *Images of Man*, y Alvin W. Gouldner, "Introduction" to *Socialism* de Emile Durkheim, Collier Books, New York, 1967, pp. 7-31. Sugiero, además, que entre el pensamiento clásico y el contemporáneo, existe una relación de continuidad, más que de ruptura. Ricardo Cinta, *The Relevance of Classical Thought in Contemporary Sociology and the Theories of Consensus and Social Conflict*, Yale University, 1973 (mimeografiado)
- 49 Max Weber define el poder como la posibilidad de imponer la propia voluntad, dentro de una relación social, aun en contra de toda resistencia y cualquiera que sea el fundamento de esa posibilidad. *Economía y Sociedad*, F.C.E., México, 1964, Vol. I, p. 43.
- 50 Albert Salomon, *La Sociologie au XX Siécle*, París, 1949, Vol. II, p. 660.
- 51 Max Weber, *Economía y Sociedad*, Fondo de Cultura Económica, Vol. II, México, 1964, pp. 686.
- 52 Weber entiende por "dominación" "...la posibilidad de que un mandato sea obedecido" y, como concepto, especifica al concepto de poder. Nótese, entonces, el significado analítico o heurístico que tiene el concepto de poder en Weber. Véase, *Economía y Sociedad*, Vol. I, p. 43.
- 53 Lo que esto significa, para Weber, es que la actitud en la acción social no se inspira en el sentimiento subjetivo (afectivo o tradicional) de los partícipes de constituir un todo, sino por el contrario, la acción social se inspira en una *compensación* de intereses por motivos racionales (de fines o de valores) o también en una *unión* de intereses con igual motivación. Véase *Economía y Sociedad*, Vol. I, p. 33.

- ⁵⁴ A. Salomon, *Op. Cit.*, y H.H. Gerth y C.W. Mills, "Intellectual Orientations", en *From Max Weber: Essays in Sociology*, Cap. III, pp. 45-50. También, T.B. Bottomore, *Elites and Society*, p. 17.
- ⁵⁵ Ralph Milliband, *Op. Cit.*, p. 6.
- ⁵⁶ Juan J. Linz, *Op. Cit.*, p. 1.
- ⁵⁷ Sobre los distintos aspectos metodológicos y de conceptualización en el análisis de las clases, véanse tres importantes trabajos recientes: Nicos Poulantzas, "As Classes Sociais"; Manuel Castells, "A Theoria Marxista das Classes Sociais e a Luta de Classes na América Latina: Comentário ao Texto de Nicos Poulantzas", y Fernando H. Cardoso, "Althusserianismo ou Marxismo?". Los tres ensayos en *Estudos CEBRAP*, Editora Brasileira de Ciências, Ltda., Rio de Janeiro, Brasil, 1973.
- ⁵⁸ K. Marx, *Contribución a la Crítica de la Economía Política*, Fondo de Cultura Popular, México, 1970, pp. 233-273.
- ⁵⁹ T.H. Marshall, "A General Survey of Changes in Social Stratification in the Twentieth Century", en *Transactions of the Third World Congress of Sociology*, Amsterdam, 1956.
- ⁶⁰ Sobre el significado de estos términos, consúltese R. Bierstedt, *Op. Cit.*
- ⁶¹ Véase el excelente ensayo de Rodolfo Stavenhagen, "Estratificação Social e Estructura de Classes", en *Estructura de Classes e Estratificação Social*, Zahar Editores, Rio de Janeiro, Brasil, 1969, pp. 117-146.
- ⁶² V.I. Lenin, "*Una Gran Iniciativa*", ediciones en lenguas extranjeras, Moscú, 1951, p. 17.
- ⁶³ Sobre el concepto de "interés" en las teorías marxista y pluralista, véase, Isaac D. Balbus, "The Concept of Interest in Pluralist and Marxian Analysis", in *Politics and Society*, Vol. I, Nº 2.
- ⁶⁴ Una actualización importante sobre la interpretación de la conciencia de clase, puede verse en Istvan Mészáros (editor) *Aspects of History and Class Consciousness*, Routledge and Kegan Paul, Ltd., London, 1971.
- ⁶⁵ Ralf Dahrendorf ha precisado estas diferencias en forma muy clara en *Las Clases Sociales y su Conflicto en la Sociedad Industrial*, Ediciones RIALP, Madrid, 1962, p. 13.
- ⁶⁶ Véase, S. Ossowski, "La Vision Dichotomique de la Stratification Sociale", en *Cahiers Internationaux de Sociologie*, Vol. XX, 1956, y Rodolfo Stavenhagen, *Op. Cit.*
- ⁶⁷ K. Marx, *El Capital*, F.C.E., México, 1959, Vol. III, Cap. 52, p. 817.
- ⁶⁸ Cabe insistir, aquí en la importancia de limitar el alcance y la validez de las críticas de Polsby, estrictamente al ámbito de la teoría de la estratificación y, si acaso, al del marxismo vulgar.
- ⁶⁹ Nicos Poulantzas, *Clases Sociales y Poder Político en el Estado Capitalista*, p. 387, Siglo XXI editores, S.A. México 1969, p. 387.
- ⁷⁰ Antonio Gramsci, *Note sul Machiavelli, sulla Politica e sullo Stato Moderno*, p. 128. Además, *Los Intelectuales y la Organización de la Cultura; Maquiavelo y*

Lenin: Notas para una Teoría Política Marxista, y su *Antología*, publicada por Siglo XXI editores, S.A., México, 1970. También, Jean-Marc Potté, *La Pensée Politique de Gramsci*, Ediciones Anthropos, 1970; A.R. Buzzi, *La Théorie Politique D'Antonio Gramsci*, Editions Nauwelaerts, 1967. Hugues Portelli, *Gramsci et le Bloc Historique*, Presses Universitaires de France, 1972, Luciano Gruppi, *Il concetto di Egeonia in Gramsci*, Editori Riuniti, 1972. En lo que a la hegemonía se refiere, es esencial no confundirla con el concepto de legitimidad, el cual termina por anular el análisis del conflicto privilegiando el del consenso.

- ⁷¹ K. Marx, "El 18 Brumario de Luis Bonaparte", en K. Marx y F. Engels, *Obras Escogidas*, Editorial Progreso, 1969, pp. 97-185 y K. Marx, *Las Luchas de Clases en Francia de 1848 a 1850*, Editorial Progreso.
- ⁷² Antonio Gramsci, *Antología*, p. 411.
- ⁷³ Antonio Gramsci, *Maquiavelo y Lenin: Notas para una Teoría Política Marxista*, pp. 68-69.
- ⁷⁴ Robert A. Dahl, "The Concept of Power", in *Behavioral Science*, (2), 1957.